

EL SOCIALISMO COMO ESTRATEGIA DE DESARROLLO

JOSÉ C. VALENZUELA FEIJÓO *

I

En la actualidad, son muchos los que con gran solicitud pretenden darle al socialismo una sepultura perpetua. Pero esto, en tanto exista el capitalismo, resulta imposible. Por ello, cabe esperar que en un tiempo relativamente corto vuelva a resurgir con fuerza inclusive redoblada.

¿Qué sucede hoy con esta alternativa? ¿Cuál sería su contenido más esencial?

Si bien pensamos, surge aquí una dificultad básica: más allá de las apariencias y de lo que la conciencia vulgar afirma, el referente empírico del socialismo es más bien escaso. La razón de ello es sencilla: cuando han brotado revoluciones cuya vocación era el socialismo, al poco andar han degenerado en regímenes de planificación burocrática y autoritaria.

Esta circunstancia, bastante frecuente, ha dado lugar a una hipótesis: el socialismo, de modo fatal, se transforma en un sistema burocrático-autoritario del tipo soviético. Y es claro que si así fueran las cosas, la consideración de la alternativa socialista sería perfectamente ociosa, equivalente a un simple juego de sobremesa o ejercicio de buenos y candorosos deseos. Por cierto, no pensamos que una transformación como la aludida sea algo inevitable, que se sigue tal como la noche del día. Pero entrar a justificar la posibilidad de un socialismo que se

* UAM-Iztapalapa.

reproduzca como tal y no se deslice a mutaciones fatales como la indicada, nos llevaría demasiado lejos. Por ello, nos limitamos a postular que el socialismo sí es posible.

¿Cuáles serían los rasgos básicos de esta ruta estratégica alternativa?

A título previo, recordamos que:

a) en sí mismo, el socialismo representa una forma histórica transicional que de seguro se extenderá por un muy largo periodo;

b) lo extenso del periodo viene dado por el tenor de las metas últimas: i) conseguir altísimos niveles de productividad y llegar a combinar reducidas jornadas de trabajo con muy altos niveles de bienestar material; ii) eliminar el fenómeno de la explotación económica y el de las clases en conflicto que de allí se derivan; iii) acceder a una dirección y regulación *plenamente consciente* de los procesos económicos, tornando así superfluo el mercado y la forma de asignación de recursos que le es propia; iv) debilitar y al cabo eliminar aquellas instituciones y formas de dominación que organizan el uso de la fuerza para así doblegar la voluntad de tal o cual parte o grupo societal. Es decir, desterrar la coacción de la vida social y, de modo más general, disolver todas aquellas instituciones y normas de acción social que conduzcan a la dominación-sujeción políticas y a los fenómenos de alienación ideológica que le suelen acompañar;

c) a lo largo del periodo, el segmento o sector económico socialista coexiste con otras formas de propiedad, capitalistas y no capitalistas. Se establece así, una formación heterogénea en la cual se desarrollan y emergen oposiciones y conflictos que pueden asumir modos muy tensos y muy agudos. Y conviene recalcar: los conflictos *también* brotan al *interior* del segmento socialista. La transición, por tanto, no tiene nada de idílica ni está alfombrada con flores y ramos de olivos: implica luchas feroces, equivocaciones y errores, fracasos, derrotas y retrocesos temporales. Y *también*, la muy seria posibilidad de arribar a la derrota (no parcial o coyuntural sino global y de largo plazo) del mismo proyecto socialista.

La génesis de la estrategia socialista implica una mutación política mayor. Además, las mismas características del modelo le otorgan una especial relevancia a las variables política e ideológica. Es decir, el avance hacia las metas más estratégicas y ulteriores, no parece posible sin la presencia de una muy *lúcida y extendida conciencia* de esas metas, de los requisitos que plantean y de los modos que permiten ir acer-

cándose a ellas. Asimismo, ese avance y el desarrollo de la conciencia que le es necesaria, son imposibles, si *a la vez* no tiene lugar un terco proceso de *socialización* (o colectivización) *de la vida pública*. Es decir, se trata de comenzar a romper la enajenación estatal de la sociedad civil, de evitar la privatización usual de la *res pública* y devolver ésta a la discusión, decisión y gestión de los trabajadores. O sea, que éstos comiencen *efectivamente* a ser dueños de su propio destino. En lo mencionado se encierran problemas muy complejos y que ameritarían una discusión mayor. Pero aquí no lo podemos hacer y, por ello, nos limitamos a su sola mención y a subrayar la gran importancia que asume el factor no económico en los destinos del modelo socialista.

II

Empecemos nuestro examen.

El primer y muy decisivo rasgo a retener se refiere a la naturaleza del Estado y nos señala que el poder del Estado debe estar en manos del pueblo. En términos más precisos: debe ser la clase obrera (proletariado o trabajadores asalariados) la que posea el poder estatal. De hecho se puede sostener que el socialismo existe en tanto este rasgo se preserva. Si desaparece y a la vez se diluye la institución estatal, nos encontramos con una transición “bien comportada” y que se corona consumando sus metas estratégicas. Pero el rasgo puede desaparecer sin que se diluya el Estado, el que sólo se altera en su conformación orgánica y naturaleza de clase. Es decir, los trabajadores pierden el poder y se transforman en un grupo social dominado, dando lugar así a una transición abortada. El Estado socialista se tipifica también (amén de su naturaleza clasista) por dos rasgos muy peculiares y decisivos: *i*) al revés de lo que se observa en las organizaciones estatales previas, en estos aparatos las líneas de mando deben funcionar *desde abajo hacia arriba*, o sea, desde la clase hacia sus delegados o representantes. Éstos, además, deben ser estrictamente temporales, rotativos y revocables en cualquier momento por los de abajo: *ii*) esta institución estatal debe desarrollar una *dinámica autodestructiva*. Es decir, en vez de trabajar por reproducirse y fortalecerse, se debe ir adelgazando, cediendo funciones a la sociedad civil y preparando las condiciones de su desaparición o “adormecimiento”.

Que el poder político esté en manos de los trabajadores, implica que como mínimo se satisfagan los dos rasgos que acabamos de señalar.

Si esto no tiene lugar, existirían razones más que poderosas para pensar que el poder estatal no responde al control y decisiones de la clase trabajadora. La existencia de un Estado proletario, a su vez, supone la presencia de requisitos previos tales como: *i*) la clase obrera debe ser cuantitativamente *mayoritaria*. Si no, sus intereses no coincidirán con los intereses mayoritarios de la población y el Estado ejercerá sus funciones esenciales —que son las de la represión legítima— no contra una minoría social sino contra sectores (clases, capas) mayoritarios;¹ *ii*) la clase obrera debe estar, en lo básico, *políticamente unificada*. De lo contrario, no estará en condiciones de ejercer (y ni siquiera de aspirar) el poder; *iii*) la clase obrera debe aspirar al poder y *debe ser capaz de ejercerlo*. O sea, debe estar real y continuamente interesada en los asuntos públicos² y, asimismo, poseer *capacidad de dirección*. Adviértase que estos tres requisitos van muy asociados al nivel de desarrollo capitalista alcanzado. No son, por cierto, una consecuencia automática del desarrollo pero en ausencia de éste, no podrán ser satisfechos. Buscar, en un país atrasado, a una clase obrera que sea mayoritaria, culta, con capacidad política, con poder hegemónico y destreza de gobernante, equivale a una misión imposible.

En los viejos tiempos se creía que casi todas las virtudes políticas de la clase obrera venían determinadas por los efectos de la organización fabril a la cual se ve sometida. Disciplina, capacidad orgánica, vocación para empresas colectivas, etcétera, eran otras tantas calificaciones que a veces se asociaban, según el autor, a la virtud más decisiva: su capacidad de dirección política. En ocasiones se pretendía que esta última emergía en términos casi espontáneos; en otras, por la vía de la interacción dialéctica con la organización partidaria de vanguardia. Lo que hoy se sabe es que no todo se puede atribuir al impacto de la organización fabril, que las virtudes de la clase no son tan impresionantes y que, muy especialmente, su capacidad para dirigir los asuntos públicos suele ser esmirriada sobremanera, cuando su experiencia vital bajo un régimen democrático-burgués es escasa y cuando no ha pasado por la escuela de las organizaciones sociales intermedias

¹ En todos los casos conocidos, este requisito no ha sido satisfecho. La mayoría social la ha obtenido la clase obrera asumiendo la *representación* de otros intereses, del campesinado en particular. Esto, ha engendrado problemas que no se ha sabido resolver y que no son ajenos a los dramas y fracasos del socialismo.

² El apoliticismo y la pasividad equivalen a darle un certificado de defunción al proyecto socialista.

(clubes sociales, de vecinos, sindicatos, grupos comunitarios, etcétera), cuyo peso y extensión suelen estar en relación directa con el peso de la sociedad civil.

Tenemos, en consecuencia: *a*) la necesidad de un nivel mínimo de desarrollo capitalista previo. Esto no transforma automáticamente a la clase obrera en clase dirigente pero sí le abre la *posibilidad* de llegar a serlo; *b*) la necesidad de una larga experiencia democrático-burguesa y de un largo adiestramiento de participación, gestión y dirección de organizaciones sociales intermedias. Es decir, también se necesita un nivel mínimo³ y previo de desarrollo cultural y político. Si esto no se satisface, la clase obrera podría quizá llegar a mostrar una gran capacidad de destrucción pero, luego, una mínima y muy débil capacidad de dirección en las tareas de construcción de la nueva sociedad. Y conviene agregar: esta capacidad, hacia el momento de la revolución, difícilmente estará plenamente desarrollada. Singular sería que una clase sojuzgada y dominada pudiera llegar a tamañas alturas. Por ello, tarea primordial del periodo socialista —condición clave de su reproducción global ampliada— pasa a ser el ulterior desarrollo y fortalecimiento de esas capacidades. No olvidemos que, en lo fundamental, a gobernar se aprende gobernando.

III

Pasemos ahora a considerar un segundo juego de rasgos y que tienen que ver con el muy decisivo aspecto de las relaciones de propiedad. Como en el periodo socialista coexisten diversos sistemas económicos, diversas serán las formas de propiedad allí existentes. Pero a nosotros nos interesa el tipo de propiedad que tipifica al sector socialista *stricto sensu*.

Para el caso podemos hablar de *propiedad del pueblo trabajador*. Y recordemos que el fenómeno de la propiedad implica dos aspectos fundamentales. Primero, el del poder *patrimonial*, o sea, la capacidad para decidir qué uso se le dará a los recursos productivos. Segundo, el de la *apropiación del excedente* generado en el proceso productivo y, por ende, la capacidad de disponer de él. Se trata, en consecuencia, de que los trabajadores posean esos atributos o capacidades. Pero surge

³ No engañarse con el vocablo "mínimo" y confundirlo con "poco". En este caso el mínimo equivale a *mucha* experiencia.

una interrogante: ¿cuál es el radio de acción de esos poderes? Para contestar distinguiremos: *i*) propiedad en el ámbito de la empresa; *ii*) propiedad a escala global.

La propiedad en el ámbito de la empresa la ejercen los trabajadores de *esa* empresa y se aplica a los recursos *allí* comprometidos. Se trata de una forma muy elemental pero su funcionamiento no es tan sencillo como pudiera suponerse. Surgen aquí diversos tipos de problemas. Por ejemplo, los trabajadores podrían no estar capacitados para asumir *plenamente* la propiedad, es decir, la dirección de la empresa. Y valga aclarar que esa capacidad no implica que cada trabajador se transforme en un especialista de tal o cual complejo tema. Lo que interesa es la *capacidad para dirigir a los especialistas* y para *determinar las líneas generales del desarrollo de la empresa*. Esta capacidad puede estar presente en grados muy diversos pero al momento de la revolución difícilmente será satisfactoria.⁴ Las carencias responden a factores objetivos: la organización social que caracteriza a la fábrica capitalista da lugar a una división del trabajo según la cual las tareas de dirección son estrictamente monopolizadas por el capital y sus representantes. O sea, los trabajadores —en su gran mayoría son concentrados en funciones que les impiden desarrollar esas capacidades. Por lo mismo, tenemos que si esas pautas de división y organización del trabajo se reproducen, también se estará reproduciendo la incapacidad para dirigir por parte de los trabajadores. Peor aun, se estará reproduciendo la antigua división clasista que es justamente el núcleo de lo que se pretende suprimir con cargo al proyecto socialista. De lo señalado se desprende: *i*) la necesidad de ir modificando gradualmente los patrones capitalistas de la división del trabajo fabril. Este proceso es bastante lento y, por lo mismo, exige gran tenacidad y lucidez por parte de los sectores interesados. Y casi sale sobrando recordar que los factores inerciales suelen operar con un peso terrible y que la inercia, conduce aquí a reproducir lo viejo; *ii*) entretanto transcurre ese proceso objetivo deben ensayarse medidas que contrarresten los perversos efectos de la división del trabajo heredada. En lo básico, ellas apuntan a *rotaciones* del personal: los de abajo deben ocupar temporalmente posiciones de dirección y viceversa, deben combinarse el trabajo intelectual con el físico-manual, etcétera. Controlar los altos ingresos y duplicar el esfuerzo de

⁴ Si esa capacidad no ha alcanzado un nivel mínimo, no resulta pertinente ni eficaz trasladar la propiedad a los trabajadores.

calificación son otros aspectos de obvia importancia; *iii*) como las insuficiencias no desaparecen de la noche a la mañana y como es muy desigual el desarrollo de los diferentes miembros del colectivo, surge también la necesidad de nombrar *representantes* y de *delegar* en ellos el poder de dirección de la fábrica.

La emergencia de la representación y de los delegados engendra otro conjunto de problemas. Apuntado a lo fundamental tendríamos: *i*) los delegados o representantes se separan, a lo menos en algún grado, de la base que los elige. Esto, que es casi inevitable, engendra un peligro: los representantes pueden comenzar a independizarse de la base, a autonomizarse y desarrollar intereses propios. Embrionariamente, surge aquí la posibilidad de la génesis de una nueva clase. Al respecto, la experiencia soviética es rotunda: allí, esa posibilidad se transformó en realidad; *ii*) frente a ese peligro, emerge el problema del *control* de los delegados o representantes. Es decir, se trata de desarrollar los mecanismos y arreglos institucionales que aseguren que los representantes no se independicen, que sigan funcionando como delegados y representantes del colectivo de trabajadores.

Un tercer juego de problemas apunta a lo siguiente: Cómo considerar —contabilizar, tomar en cuenta— la voluntad de los trabajadores. ¿Cómo *sintetizar* la voluntad de *todos* los trabajadores y cómo, por esta vía, llegar a *decisiones unificadas* que por su forma y contenido sean democráticas? Según se ve, se trata de problemas medulares y que apuntan a la misma existencia del socialismo: ¿Cómo asegurar que el poder de la propiedad, efectivamente sea controlado por los trabajadores?

Un cuarto y muy delicado problema tiene que ver con el limitado radio de acción que supone la propiedad en la esfera de la fábrica. Para mejor entender el problema que nos preocupa, acudamos a un ejemplo. Supongamos una empresa como CODELCO (cobre) en Chile o como Pemex (petróleo) en México. Ambas, son absolutamente decisivas en la marcha de la economía de uno y otro país. Dada esta posición estratégica, nos podemos preguntar: en el contexto de un proyecto socialista, ¿sería correcto y lícito que el manejo de esas empresas fuera atributo *exclusivo* de los trabajadores que en ella laboran? ¿No equivaldría esto a transformar a esos trabajadores en grupos privilegiados y en cuasidueños del destino de todos los demás? Tenemos aquí, dos problemas medulares que están íntimamente asociados: *i*) cuando la propiedad de los trabajadores se ejerce a nivel de la fábrica, ¿cómo

deben ser considerados y reflejados el juicio y el interés del resto de la *clase* trabajadora? *ii*) ¿cómo evitar que el colectivo de trabajadores en el ámbito de la fábrica, se vea arrastrado a una conducta que responda a una lógica mercantil? Problemas como los mencionados exigen la intervención de la instancia estatal. Es decir, se supone que por esta vía se representan los intereses del resto de los trabajadores —el Estado representa a la clase en su conjunto y no a tal o cual grupo— y se procede a restringir y regular el poder de las partes. Pero, ¿acaso no puede la propiedad funcionar a nivel de la clase como un todo? Esto, nos lleva a considerar la forma superior de la propiedad socialista.

Examinemos ahora la propiedad a *escala global*. En su expresión más plena y desarrollada, global significa que la propiedad de los trabajadores se ejerce sobre el *conjunto* de las unidades productivas y, en consecuencia, abarca a *todo* el patrimonio productivo. Asimismo, ello implica que son *todos* los trabajadores los que ejercen el poder de la propiedad. Ése sería el radio máximo de la propiedad de los trabajadores a escala global, algo que se puede alcanzar sólo en las fases más avanzadas y últimas del proyecto socialista. Como regla, la escala de la propiedad global es menos extensa.

La propiedad a escala global y su extensión, tiene algunas implicaciones que interesa subrayar: *i*) se amplía la masa de trabajadores que funcionan como propietarios; *ii*) se amplía la masa de recursos productivos que se someten a la decisión unificada de los trabajadores; *iii*) se eleva el radio de acción de la gestión planificada de los procesos productivos a cargo de los trabajadores; *iv*) consecutivamente, se debilita el grado de mercantilización de las actividades económicas y el peso que asume la ley del valor; *v*) tales procesos, también nos van indicando que aumenta la unidad social y política de la clase trabajadora.

En tales procesos reaparecen, con mayor complejidad y hondura, varios de los problemas que señalamos al examinar la propiedad de los trabajadores en la esfera de la empresa. Por ejemplo:

i) ¿Cómo se desarrolla la *voluntad* de los trabajadores para decidir? O sea, ésta no siempre está presente ni es un don que caiga de los cielos. Aquí, la *pasividad social* es la bestia negra y se trata de averiguar cuáles son sus determinantes y, a partir de ello, ensayar los ordenamientos sociales que permitan superarla.

ii) ¿Cómo se desarrolla la *capacidad* de los trabajadores para decidir? La simple voluntad no basta. Debe unirse a la capacidad y ésta viene social e his-

tóricamente determinada. De nuevo aquí, se trata de desarrollar los mecanismos sociales que la impulsen.

iii) Entretanto esa capacidad no sea homogénea y plena, debe operarse con *representantes* o delegados. ¿Cómo elegirlos? ¿Cómo controlarlos? ¿Cómo revocarlos?

iv) ¿Cómo se debe *contabilizar la voluntad popular*? ¿Cómo se debe sintetizar y, por ende, *cómo se puede arribar a decisiones unificadas*?

v) ¿Es posible, técnicamente hablando, la participación y gestión decisoria *directas*? Es decir, la presencia y necesidad de los representantes pudiera no responder, en exclusividad, a incapacidades de la base. Estas capacidades pudieran existir y a plenitud, pero la participación *directa* de la base o sea, del pueblo trabajador en la dirección y gestión de los procesos económicos globales pudiera ser técnicamente imposible: por su gran número, por su distancia geográfica, etcétera. El problema es el de las posibilidades de existencia, en el mundo contemporáneo, de la *democracia directa*.

A primera vista, quizá hasta pensar en revivir el ágora de los antiguos griegos, pueda parecer descabellado. Ocultar las dificultades, sería tonto amén de imposible. No obstante, por lo menos habría que considerar: lo que realmente interesa es decidir sobre los aspectos más importantes y éstos, nunca son excesivos en número. Además, las posibilidades de información y procesamiento de datos que posibilita la moderna informática, son enormes y todavía hay muchísimo que caminar y progresar por esos senderos. Es decir, quizá el problema pudiera llegar a ser no tan inmanejable como ahora lo creemos. Por lo mismo, se trata de algo que debe estudiarse con especial, seriedad y cuidado.

En lo expuesto, se encierran los problemas más esenciales de la estrategia socialista. Ello, en cuanto nos determinan el tenor de los problemas sociopolíticos que deben resolverse para lograr un adecuado funcionamiento de la propiedad popular a escala global. Asimismo, esto equivale a señalar los problemas y requisitos que plantea el proceso de una planificación global y democrática de las actividades económicas.

Ahora bien, el avance hacia formas superiores de la propiedad de los trabajadores hay que entenderlo como tal, como un *proceso* que además es largo y sinuoso. A la plenitud no se llega con un golpe mágico ni mucho menos con decretos u otras manifestaciones de voluntarismo. ¿Qué factores determinan el nivel del avance? ¿Hasta dónde se lo puede empujar y forzar? La pregunta es por los límites de lo posible y conviene detenerse mínimamente en el punto.

Recordemos, primero, una hipótesis nuclear y básica: la propiedad no puede disociarse en exceso del carácter de las fuerzas productivas. Es decir, debe guardar cierta relación mínima de correspondencia con su sustrato material. Para el caso que nos preocupa, el principio a subrayar es aquel que sostiene que la posibilidad de una propiedad colectiva viene dada por el *grado de socialización de las fuerzas productivas*. Si ésta es baja o insuficiente, el intento de promover una propiedad colectiva dejará a ésta, literalmente, bailando en el vacío.

Socialización de las fuerzas productivas es una categoría que hoy está casi olvidada. La categoría no está referida ni a la estatificación ni a ningún fenómeno jurídico, tampoco se identifica con el socialismo. Se refiere ella al grado de cooperación y por ende de interdependencia que se establece entre los procesos productivos. Más concretamente, nos designa la *densidad* (frecuencia y regularidad) de los vínculos que se establecen entre las diversas unidades productivas (así como en su interior) que integran la economía nacional. Vínculos muy frecuentes y muy regulares, resultan predecibles y, por ello, programables. Es decir, las actividades productivas así interconectadas *pueden* someterse a una *gestión unificada*, algo que además elevará la eficiencia de los procesos involucrados. El grado de socialización es variable en el tiempo y se eleva según mayor sea el nivel de productividad del trabajo. O sea, el grado de socialización de las fuerzas productivas será tanto más elevado mientras mayor sea el nivel del desarrollo capitalista alcanzado.

Tenemos, en consecuencia, que es el grado de socialización de las fuerzas productivas el que pasa a determinar el radio de acción posible de: *i*) la propiedad *real* o *efectiva* que puede llegar a asumir el pueblo trabajador; *ii*) la planificación centralizada, real y eficaz, que puede implementarse.

Si la propiedad se extralimita —o sea, si pretende cubrir más recursos de los que permita el grado de socialización de las fuerzas productivas— tenderá inevitablemente a diluirse y fragmentarse. La forma jurídica pudiera permanecer inalterada pero lo que interesa es la evolución del fenómeno *real*. En cuanto a la planificación, si ésta se sobre-dimensiona, tenderá ineludiblemente a asumir una forma burocrática, su funcionamiento exigirá el uso de la coacción y, al cabo, dará lugar a la ineficiencia y al despilfarro de recursos.

De lo expuesto podemos derivar una norma que permita orientar tanto el avance de la gestión planificada de la economía como el de

la propiedad de los trabajadores, lo que en realidad no son más que uno y el mismo fenómeno. Esta norma determinaría dos límites: el primero, vendría señalado por el grado de socialización de las fuerzas productivas. Si éste no es alto y no permite una gestión unificada eficiente, se debe preferir la propiedad privada, capitalista o no. El segundo límite, que cabe esperar sea más restrictivo que el primero, viene dado por la capacidad de los trabajadores para ejercer la propiedad, es decir, para dirigir la gestión de los correspondientes procesos productivos. Si esa capacidad no existe, la propiedad no será más que una cáscara jurídica, formal y vacía, residiendo el poder sustantivo y real en otros agentes sociales, ajenos o distintos de la clase trabajadora. La norma, por tanto, rechaza la propiedad de los trabajadores si éstos no poseen la capacidad necesaria para ejercerla.

IV

Pasemos ahora a examinar el aspecto de los *agentes del crecimiento*. Siendo el socialismo un periodo histórico en que coexisten diversas formas de propiedad, se podría hablar de agentes múltiples. Pero es claro que deben ser las *empresas socialistas* las que asuman el liderazgo, por lo menos en el sector industrial (agricultura y servicios podrían ser excepciones). Y adviértase: hablamos de empresas socialistas y no de empresas estatales. Las primeras podrían asumir la forma estatal, especialmente en los comienzos del periodo. Pero a la larga, la forma estatal debe ser desechada. El socialismo, no lo olvidemos, se propone desestatificar la vida social y esta crucial meta estratégica mal se podría compaginar con el crecimiento del sector económico estatal. Tampoco se debe olvidar: desestatificar no equivale a privatizar y, en el socialismo, lo que se debe buscar es la creciente colectivización y unificación de los procesos productivos. Es decir, desmercantilizar rechazando frontalmente la idea de que sólo a través del Estado se puede coordinar y unificar la gestión de los asuntos públicos y comunes.

V

Veamos ahora cuáles deberían ser los sectores y ramas del desarrollo preferente. El punto resulta especialmente complicado y conviene, a título previo, recordar algunas restricciones y dificultades. Por ejemplo,

podríamos señalar: *a*) a partir de experiencias como la de la URSS, resulta muy claro que el consumo asalariado debe crecer bastante más rápido de lo que en esa experiencia (la de la URSS) lo hizo; *b*) en países del tipo que hemos privilegiado (como Brasil y otros que se han denominado países de desarrollo intermedio) es necesario sacar rápidamente de su situación de pobreza extrema a aproximadamente un tercio de la población; *c*) no debe restringirse el consumo de durables. Por el contrario, debe extenderse y difundirse a toda la población. Lo cual, valga agregar, debe ir unido a su racionalización. Por ejemplo, en las grandes urbes el uso del automóvil privado debería reducirse al máximo, lo cual exige, a su vez, desarrollar un *supereficiente* servicio de transporte colectivo. Bien se sabe que pocas cosas son más deprimentes y atentatorias a la dignidad humana que un transporte deficiente (atestado, poco frecuente, poco variado, etcétera). Las críticas a la sociedad de consumo, a sus formas alienadas y al despilfarro, son sin duda muy justas. Pero ellas no deben usarse como taparrabos de las carencias productivas o de opciones en la asignación de los recursos que para nada conetmplan la voluntad de los trabajadores.

En conclusión, emergen muy fuertes presiones por elevar la disponibilidad de bienes de consumo. Y si la producción interna no reacciona con presteza, se desatarán brutales presiones para importar y actuar en contra del equilibrio externo. El único que juega como factor de descompresión es el consumo capitalista. Éste, no cae a cero pero sí debería reducirse bastante.

En el frente de los gastos improductivos parecen surgir tendencias contrapuestas. Por ejemplo, se reducen gastos de comercio, de publicidad, etcétera. Por otro lado, se elevan los gastos militares y los que se destinan a mantener la burocracia civil. En las nuevas condiciones, el socialismo debería asegurar un gobierno austero (retomar, por ende, la vieja consigna liberal y socialista), reducir los gastos circulatorios y poner un límite a los gastos militares. A primera vista esto pudiera parecer una invitación al suicidio, pero deberíamos al menos recordar: *i*) una estrategia militar defensiva y asentada en el firme apoyo y participación popular, suele ser relativamente austera. Es decir, bastante menos costosa que una política militar de corte ofensivo; *ii*) existiendo un número mínimo de países socialistas, la eventual mantención de una fuerza disuasiva de uso común, podría resultar costeable.

Si los gastos militares no se controlan —lo ideal sería recortarlos sustancialmente— los gastos improductivos totales podrían incluso ele-

vase. De aquí la gran interrogante: ¿Cómo evitar bloqueos y agresiones militares y a la vez reducir el gasto militar? ¿No es este propósito un puro buen deseo, candoroso, torpe y hasta suicida? Por otra lado, debemos advertir: si el gasto improductivo se decuplica, las posibilidades de elevar la acumulación y el consumo populares, se debilitan y diluyen. Es decir, se acaba por desnaturalizar el proyecto socialista: la amenaza militar quizá no se materializa pero provoca efectos que terminan por socavar, "pacíficamente", el naciente Estado socialista. El tema ameritaría una discusión muy cuidadosa que aquí no podemos abordar. Por ello, nos limitamos a señalar, a título de postulado, que *el gasto militar debe ser reducido* y que lo mismo debe valer con el conjunto de los gastos improductivos. Y adviértase lo muy serio de esta restricción, y cómo ella será menos pesada y grave en tanto más desarrollado sea el país de referencia y mayor el número de países y de población comprometida en el nuevo curso.

Veamos ahora el caso de la acumulación. Sobre este tipo de gastos, también son muy fuertes las presiones que se engendran en favor de su aumento. La necesidad de elevar, y bastante, los ritmos de crecimiento, es una primera causa básica y elemental. En segundo lugar tenemos que el combate a la pobreza exige desplazar la fuerza de trabajo desde los sectores informales y de baja productividad, hacia ramas industriales intensivas en capital y que operan con ocupaciones de alta productividad.

En tercer lugar, debemos mencionar el impacto del traslado de la fuerza de trabajo desde los sectores improductivos (vg. comercio) hacia sectores productivos que suelen operar con una densidad de capital (capital fijo por hombre ocupado) más elevada. Un cuarto factor se deriva de la necesidad de endogeneizar el proceso de acumulación y crecimiento. Esto, exige impulsar la industria de bienes de capital y de intermedios básicos, sectores que en promedio suelen ser intensivos en capital. Por lo mismo, demandan más capital por unidad de producto adicional. En resumen, debemos esperar que la inversión crezca más rápido que el producto.

VI

Intentemos un balance. Primero, cabe esperar un aumento de la relación consumo asalariado a producto. Segundo, la tasa de acumulación (acumulación sobre producto) debe elevarse. Si suponemos un saldo

externo equilibrado, pareciera que la conjunción de ambos movimientos sería imposible. Si manejáramos una óptica convencional, ésa debería ser la conclusión, pero con ello nos estaríamos olvidando de la presencia de los gastos improductivos y del singular rol que juegan en el proceso de reproducción: consumen productos mas no los generan. Así las cosas, es claro que son éstos los que deben pasar a operar como variables de ajuste. Entonces, tercero: debe caer el coeficiente de gastos improductivos.

O sea, si tres son los usos del producto: consumo asalariado, acumulación productiva y gastos improductivos. Y se eleva la parte en el producto de los dos primeros, necesariamente debe caer la participación del último: el gasto improductivo.

Lo señalado, se puede formalizar y analizar con mayor precisión. Para ello recordamos las diversas formas del gasto asociadas a diversos usos del producto. Y escribimos:

$$[1] \quad PA = C_{w1} + A_k + (C_{w2} + C_k + GI_x) + R_x + X - M$$

$$[1a] \quad PA - R_x + M = C_{w1} + A_k + GI + X$$

$$GI = C_{w2} + C_k + GI_x$$

- PA = Producto agregado (ingreso nacional)
- C_{w1} = Consumo de asalariados productivos
- C_{w2} = Consumo de asalariados improductivos
- A_k = Acumulación productiva
- C_k = Consumo de los capitalistas
- GI_x = Otros gastos improductivos
- GI = Gastos improductivos totales
- R_x = Remesas del excedente hacia el exterior
- X = Exportaciones
- M = Importaciones

La expresión [1] nos define el producto por el lado del gasto. La expresión [1a] nos define el monto de los bienes disponibles y las diversas formas en que se utilizan. Para simplificar, suponemos:

$$X = M$$

Y como las tasas de variación son:

$$d \ln \left(\frac{C_{w1} + A_k}{PA} \right) > 0 \quad \text{entonces} \quad d \ln \left(\frac{GI + R_x}{PA} \right) < 0$$

Crece el peso relativo de la acumulación y del consumo asalariado. Cae, el de los gastos improductivos. Por la misma naturaleza del proyecto socialista; las remesas al exterior ($= R_x$) deberían reducirse. También se puede observar, en la expresión [1a], que un eventual financiamiento externo positivo [$M - X > 0$] puede aliviar bastantes tensiones económicas.

El problema que nos viene preocupando también lo podemos ver por el lado de los usos del producto excedente.

Como definición, tenemos:

$$[2] \quad P_e = PA - C_{w1} \quad P = \text{producto excedente}$$

Por los usos:

$$[3] \quad P_e = A_k + GI + R_x$$

$$[4] \quad A_k = P_e [1 - gi - rx] = (pra) (PA) [1 - (gi + rx)]$$

$$pra = \frac{P_e}{PA} \quad ; \quad gi = \frac{GI}{P_e} \quad ; \quad rx = \frac{R_x}{P_e}$$

$$[4a] \quad \frac{A_k}{PA} = pra [1 - (gi + rx)]$$

En el texto, hemos supuesto que la relación acumulación a producto agregado se eleva. Asimismo, que desciende el potencial de reproducción ampliada ($= pra$) del sistema. Por tanto, es muy evidente que ($gi + rx$) debe disminuir.

Reducir el peso relativo de los gastos improductivos pudiera ser complicado. Por ello, nos podemos preguntar si existen algunos factores que pudieran disminuir esas exigencias.

Un primer elemento, ya lo hemos indicado: usar el financiamiento externo para aumentar el nivel de importaciones y la magnitud de los bienes disponibles. Un segundo elemento tiene que ver con el coefi-

ciente de trabajadores productivos y su impacto en la productividad del trabajo. Para examinar bien este punto, definimos:

$$tp = \frac{POP}{PO} = \text{coeficiente de trabajadores productivos.}$$

POP = Población ocupada en tareas productivas

PO = Población ocupada total

$$F_c = \frac{PA}{PO} = \text{productividad convencional.}$$

$$F_r = \frac{PA}{POP} = \text{productividad real o efectiva}$$

De tales definiciones, podemos deducir:

$$[5] \quad F_c = (tp) F_r$$

$$[6] \quad PA = (tp) (F_r) (PO)$$

Por tanto, el aumento del porcentaje de trabajadores productivos ($= \Delta tp$), eleva el indicador que usualmente se maneja para medir la productividad. Consecutivamente, también provoca un impacto positivo en el producto agregado. ¿Cómo afectan estas circunstancias al problema que nos preocupa? La respuesta es sencilla: permite evitar (o debilitar) el descenso del potencial de reproducción ampliada ($= pra$). Es decir, el incremento en el consumo asalariado no iría necesariamente asociado a un menor excedente por unidad de producto.

Un tercer factor tiene que ver con la tasa de acumulación y la eficiencia con que funciona la nueva inversión. Si ésta se eleva, se puede conseguir un ritmo igual de crecimiento del producto con una tasa de acumulación menor. Para el caso, podemos recordar una conocida expresión:

$$[7] \quad rg = \frac{\Delta PA}{PA} = \left(\frac{A_k}{PA} \right) \alpha$$

$$[8] \quad \left(\frac{A_k}{PA} \right) = \frac{rg}{\alpha}$$

Se advierte que la tasa de acumulación depende directamente de las metas que se fijan para el crecimiento del producto y está inversamente relacionada con el coeficiente alfa (o relación incremental producto a capital fijo). Si alfa se eleva, la tasa de acumulación exigida será menor.

El coeficiente alfa nos señala la intensidad de capital con que funcionan los procesos productivos. En su magnitud inciden diversos factores pero aquí nos basta mencionar a dos: *i*) el dato tecnológico; *ii*) la eficiencia con que se usan máquinas e instalaciones. En cuanto al primer factor, hay evidencias que apuntan en el sentido de que el progreso científico-tecnológico contemporáneo, por lo menos en algunos sectores, posibilitaría la elevación de alfa. Y en cuanto a la eficiencia, se supone que una de las mayores "virtudes" o ventajas del socialismo debería residir en ella. Es decir, la libertad que los trabajadores consiguen en el sistema y su misma calidad de propietarios, los debe llevar a operar con especial cuidado, interés y disciplina. El asunto es muy claro y diríamos que es parte esencial de la apuesta por el socialismo: la ausencia de la coerción, debe elevar la eficiencia de los procesos de trabajo. En realidad, si esta hipótesis fuera por siempre falsa, entonces el socialismo no tendría más destino que el fracaso y más valdría que nos olvidáramos de él para siempre.

Antes de terminar este apartado puede ser útil agregar otras consideraciones. La crucial, se refiere al impacto que podría tener la existencia de un *campo* socialista fuerte. Esto daría lugar a: *i*) una gran apertura económica y, por ende, a un estilo de crecimiento que le otorgaría un gran peso a los mercados externos. Esto debe ser subrayado: la autarquía le es del todo ajena al proyecto socialista ideal y si se llegan a privilegiar los mercados internos, ello responde a una imposición (los usuales bloqueos comerciales que impulsan las grandes potencias capitalistas) y no a una decisión libremente buscada. Una economía poco abierta puede dar lugar a una asignación de recursos poco eficiente, amén de que el socialismo, entendido en su sentido más amplio, como filosofía y proyecto de civilización superior, debe ser necesariamente cosmopolita. Pues bien, en tanto ese campo socialista no exista, la apertura encontrará muy serios obstáculos. En los países de gran tamaño, el impacto será relativamente menos dañino y preocupante. En los más pequeños, pensamos que lisa y llanamente provocará el fracaso del proyecto; *ii*) otro gran impacto se refiere al peso de los gastos militares. Si existe un campo económicamente fuerte (o domi-

nante), esos gastos deberían desplomarse. Y ya hemos visto cuán molestos pueden llegar a ser y cuán beneficioso sería su reducción y eliminación, para el pueblo trabajador; *iii*) la emergencia de un campo socialista fuerte facilita la solución de muchos problemas. Pero, a la vez, provoca la emergencia de otros. Por ejemplo, el de la gestión económica internacional. ¿Cómo evitar el dominio y la explotación entre naciones? ¿Cómo lograr, en ese plano, que se avance a la materialización de los ideales de la libertad e igualdad sociales, de aquello que ya en su tiempo predicaran ilustrados como Diderot y Condorcet?

VII

En una estrategia de crecimiento que responda a la impronta socialista, hay dos aspectos que conviene volver a subrayar.

El primero, se refiere al esfuerzo de inversión y los requisitos que demanda su materialización. Según ya hemos indicado, para elevar los ritmos de crecimiento, es necesario elevar la tasa de inversión. Y esto, a su vez, exige aumentar la disponibilidad de bienes de inversión: máquinas, equipos, etcétera. Por lo mismo, debe incrementarse la producción interna de ese tipo de bienes y/o elevar la capacidad del país para importarlos. Si agrupamos al sector exportador que financia las importaciones de bienes de capital con el sector nacional que los produce, tenemos que esta sección productiva debe crecer más rápido que el producto global para así posibilitar el incremento del coeficiente de inversión y, por ende, de la tasa de crecimiento.

Este crecimiento relativamente más rápido, de los sectores que producen (directa o indirectamente) bienes de capital, implica determinadas exigencias a los otros sectores económicos interrelacionados. Por ejemplo, al que produce bienes de consumo, la agricultura en especial. Este sector debe producir para alimentar a sus trabajadores y, con el eventual exceso, alimentar a los trabajadores del Departamento I (productor de bienes de capital) y a los trabajadores improductivos (o depto. III). También debe proveer el consumo de los capitalistas y demás capas rentistas, pero —para simplificar— nos olvidamos de estos rubros. En términos formales podemos escribir:

$$[9] \quad L_2 (F_2 - S_r) = S_r (L_1 + L_3) = S_r - L_1 (i + ti)$$

$$ti = \frac{L_3}{L_1}$$

L = ocupación
 F = productividad
 Sr = salario real

El término de la izquierda nos indica la oferta de bienes de consumo que el depto. III genera (una vez satisfechas sus necesidades) para los otros sectores. Éste, en equilibrio, debe coincidir con el consumo asalariado de los deptos. I y III. De la expresión [9] podemos deducir:

$$[10] \quad L_1 = \left[\frac{F_2 - Sr}{Sr} \right] \left[\frac{1}{1 + ti} \right] L_2$$

$$[11] \quad \frac{L_1}{L_2} = \left[\frac{F_2}{Sr} - 1 \right] \left[\frac{1}{1 + ti} \right]$$

A lo largo del curso del desarrollo económico, la ocupación en I ($= L_1$) debe crecer más rápido que la ocupación en II ($= L_2$). Por tanto, el cociente ($L_1: L_2$) debe elevarse. Para que esto tenga lugar, debe descender el peso relativo de la ocupación improductiva (señalado por ti) o bien, debe elevarse la tasa de plusvalía.⁵ Además, si la productividad en el depto. II permanece estancada o crece muy lentamente, la mayor tasa de plusvalía deberá asociarse a un salario real descendente o estancado. Si bajo estas condiciones se insiste en el desarrollo preferente del depto. I, muy probablemente eso implicará dejar de considerar la voluntad popular y aplicar medidas coactivas en contra de los trabajadores. Por cierto, esto equivale a la defunción del proyecto socialista, algo que queda bastante bien ilustrado con la experiencia soviética.

Se necesita, en consecuencia, lograr una gran dinámica de la productividad en el depto. II, el que produce bienes de consumo. De este modo, la economía puede operar con salarios reales crecientes y a la vez empujar el crecimiento del depto. I, lo que —según lo señalado— resulta vital para dinamizar la acumulación y el crecimiento.

⁵ La tasa de plusvalía ($= p$) es igual a:

$$p = \frac{F_2 - Sr}{Sr} = \frac{F_2}{Sr} - 1$$

Según se observa, un crecimiento suficientemente rápido de la productividad en las ramas que producen los bienes que integran la canasta del consumo asalariado, posibilita *a la vez* un aumento de la tasa de plusvalía (y, por ende, de la tasa de crecimiento y un aumento —eventualmente importante— del salario real. Por cierto, en este contexto, la evolución de la agricultura y de su productividad pasa a jugar un rol fundamental. Esto, a su vez, significa que es necesario contar con una agricultura plenamente capitalista. Para el caso, podemos manejar las siguientes hipótesis: *i*) en el sector agropecuario, tanto la propiedad terrateniente como la campesina, son incapaces de dinamizar la productividad y de llegar a una agricultura de altos rendimientos; *ii*) por su insuficiente grado de socialización, pareciera que la propiedad personal capitalista sería la forma más funcional e idónea para el sector, por lo menos en el actual periodo histórico. Por consiguiente, toda estrategia que pretenda preservar e impulsar formas de propiedad terrateniente (por falta de reforma agraria) o campesina (*por* la reforma agraria que se impulse) en el campo, se verá abocada a muy serias dificultades.

Desde un ángulo puramente económico, las ventajas fundamentales del socialismo parecen radicar en: *i*) sus posibilidades para reducir sustancialmente el peso de los gastos improductivos; *ii*) su capacidad para elevar la productividad del trabajo sin apoyarse tan fuertemente como el capitalismo en el aumento de la densidad de capital (lo cual, suaviza las presiones sobre la tasa de acumulación); *iii*) su capacidad para decidir inversiones con un horizonte de largo plazo y no sujetas a la usual inestabilidad de los criterios privados; *iv*) la mejor asignación social de recursos que posibilita la gestión planificada del sector socialista de la economía.

En los planos de la justicia distributiva y de la libertad social, la superioridad socialista es considerable y diríamos definitiva o *absoluta*. Es decir, posibilita logros que en tales planos lisa y llanamente *no pueden* ser alcanzados por los otros modelos alternativos.

VIII

A primera vista, por tanto, pareciera que frente a otras estrategias de desarrollo, no existiría más alternativa que la socialista. No obstante, ésta dista mucho de estar ajena a obstáculos y dificultades.

En primer lugar, está el mismo problema agrario. Si la revolución brota en una economía con un sector agropecuario tradicional, deberá apoyarse en los campesinos e impulsar el tipo de propiedad campesina que a éstos les interesa. O sea, a cambio del apoyo político, el socialismo "se compra" un problema mayor: el de las debilidades productivas de la economía campesina y de su incapacidad aún mayor (por su incompleto grado de mercantilización) para abastecer a la población urbana. En el caso soviético, recordemos, el *puzzle* se quiso resolver por la vía de la colectivización, pero esto terminó por agravar el problema, amén de ser uno de los factores clave de la debacle del socialismo original. En breve, si el capitalismo no se ha desarrollado a plenitud en la agricultura, el socialismo se verá muy probablemente abocado al fracaso.

En segundo lugar, está la situación internacional y el tamaño del país. En ausencia de un campo socialista, las posibilidades de funcionar con una economía relativamente abierta serán mínimas. Y si el país es pequeño, desarrollar la industria pesada (*vg.* de bienes de capital) en función exclusiva del mercado interno, será antieconómico, difícil o imposible.

En los países más atrasados y pequeños, resulta bastante menor la viabilidad del modelo.

En tercer lugar tenemos el problema de la actual mala imagen del socialismo. Es decir, podemos argumentar muy racionalmente en su favor pero hoy, la gente no quiere socialismo. Las condiciones políticas, por tanto, están completamente en contra del esquema. ¿Por qué? En parte, porque aún la gente no está preparada para ni busca ser libre y dueña de sí misma. Este afán, por cierto, no es algo innato sino una adquisición histórica, propia de una fase muy adelantada de la civilización. Pero aún con mayor fuerza, al menos de momento, juega el tremendo desprestigio que al socialismo le causó el colapso de la URSS y de todo su *hinterland* europeo. Aquí operan dos factores que conviene no confundir: *i*) el rechazo que en sí mismo provoca el régimen burocrático-autoritario; *ii*) la idea, que comienza a extenderse, de que el socialismo nunca podrá llegar a materializarse. Es decir, se acepta que en tanto proyecto ideal puede ser "bonito" y ajeno a la planificación autoritaria, pero se agrega de inmediato que todo intento de materializar ese proyecto degenera inevitablemente en un sistema burocrático-dictatorial. O bien, aunque ese pudiera no ser su destino natural, igual estaría condenado al fracaso.

En realidad, más allá de circunstancias coyunturales e inclusive de condicionantes históricos de carácter más estructural, surge una interrogante grave y que podríamos plantear así: ¿es acaso el socialismo un ideal contrapuesto a la naturaleza humana y, por lo mismo, un propósito desde siempre condenado al fracaso perpetuo? Y aunque no siempre se responda con voz alta, pensamos que hoy la gran mayoría tiende a contestar que sí.

¿Qué implica esta noción a veces un tanto subrepticia? Primero, que existe una naturaleza humana, fija e inmutable. Segundo, que ese elemento o factor fijo se traduce en ciertas constantes, en ciertos rasgos que siempre encontraremos en la base de las aparentemente más disímiles situaciones que la historia nos puede mostrar. Esas constantes a su vez nos señalan: *i)* el hombre es un ser esencialmente egoísta y que se mueve por intereses. Luego, siempre existirán conflictos entre estos seres; *ii)* la naturaleza humana rechaza la igualdad social y, por ello, siempre existirán jefes y subordinados, gobernantes y gobernados, explotadores y explotados, gente que está arriba y gente que está abajo. En verdad, la jerarquía y la desigualdad son rasgos inherentes a *todo* sistema social. De uno u otro modo, con poca o con mucha sofisticación, estas nociones siempre están presentes en la ideología dominante.

Por cierto, la historia *moderna* no desaprueba estas hipótesis. Pero ello no las transforma, necesariamente, en verdaderas.⁶ En estricta lógica los postulados conservadores deben conducir a: que tales comportamientos responden a un condicionante genético, al estilo de los que *vg.* condicionan el lenguaje humano. Y está muy claro que ningún biólogo, ni siquiera remotamente, ha podido encontrar las fuentes de tal conducta en la dotación genética de los humanos. Por lo demás, a poco que indagemos en la historia encontraremos cualesquier cantidad de ejemplos que contradicen las hipótesis del conservadurismo antropológico.

Ahora bien, en este contexto conviene advertir sobre lo que exige y lo que no exige el proyecto socialista. En muchas ocasiones, se sostiene que el socialismo supone la presencia de un "hombre nuevo" capaz de desarrollar un comportamiento solidario con sus semejantes y del todo ajeno a intereses materiales. Es decir, algo así como un

⁶ En realidad, perfectamente se podría manejar una hipótesis contraria y que saldría igualmente indemne de la contrastación empírico-histórica: esa hipótesis nos diría que las estructuras sociales de la época moderna (que, en general, es la época de la burguesía) son las determinantes causales de ese tipo de conductas, realidades y normas de vida.

santo. Pero esto, es ajeno al proyecto socialista, por lo menos al de rai-gambre marxista. En este caso, se acepta la presencia de intereses materiales y para nada se rechaza o encarnecen los comportamientos motivados por esos intereses. No se trata de rechazar el amor a sí mismo, las pasiones y el afán de placer y felicidad. Pretenderlo, amén de poco realista, sólo conduciría a la hipocresía moral y a los dobles estándares tan frecuentes en la prédica religiosa. En este plano, el socialismo recoge el planteamiento ilustrado: “amar a los demás es confundir nuestros intereses con los de nuestros asociados, con el fin de trabajar en provecho común”.⁷ O sea, “la verdadera moral, como la verdadera política, es la que trata de acercar a los hombres, con el fin de hacer que trabajen, mediante esfuerzos conjuntos, en su dicha mutua. Toda moral que separe nuestros intereses de los de nuestros asociados, es falsa, insensata, contraria a la naturaleza”.⁸ Si éste es el propósito —hacer coincidir el interés personal con el interés general—, emerge entonces el problema del cómo materializar esos propósitos. Y en esto, ciertamente pasa a jugar un rol vital la hipótesis sobre el papel de las circunstancias sociales en el modelaje del comportamiento y los valores del ser humano. Aceptar las hipótesis del conservadurismo antropológico conduce indefectiblemente a una actitud fatalista y pasiva frente al mundo circundante. Limitarse a la pura denuncia moral, da lugar a la impotencia cuando no a la escisión farisaica entre lo que se predica y lo que se hace. En la visión marxista, así como en la ilustrada, se trata de generar aquellas condiciones sociales que determinen un comportamiento solidario, congruente con lo que podríamos denominar ideal humanista. En palabras de Marx, “se trata de organizar el mundo empírico de tal modo que el hombre experimente y se asimile en él lo verdaderamente humano, que se experimente a sí mismo en cuanto hombre. Si el interés bien entendido es el principio de toda moral, lo que importa es que el interés privado del hombre coincida con el interés humano”. En breve, “si el hombre es formado por las circunstancias, será necesario formar las circunstancias humanamente”.⁹

Ahora bien, esa organización del “mundo empírico” en conformidad al ideal humanista, no es algo que responda a la pura voluntad

⁷ D'Holbach, citado en C. Marx y F. Engels, *La Sagrada Familia*, Ed. Grijalbo México, 1967, p. 200.

⁸ *Ibid.*, p. 199.

⁹ *Ibid.*, p. 197.

política. Si no existen las condiciones objetivas adecuadas, esa organización no podrá emerger. Dicho de otro modo: los ingredientes que exige el nuevo orden social deben ser extraídos de la realidad presente. Es decir, es el curso de los procesos históricos previos, el que debe producir y preparar esos ingredientes. Por lo mismo, si esos procesos históricos de desarrollo aún no han operado con la fuerza necesaria, los ingredientes no estarán disponibles y el proyecto socialista no podrá fructificar.

Los fracasos y frustraciones del socialismo mucho tienen que ver con esas insuficiencias: se ha pretendido cocinar el pastel sin disponer de los ingredientes necesarios. Pero no todo se puede achacar al peso del atraso. También existe un problema de imaginación creadora. Pueden existir los propósitos y todos los ingredientes pero ello —como bien se sabe— no asegura que logremos cocinar un nuevo y exquisito alimento. Pensar en aquello, en el tipo de relaciones e instituciones sociales capaces de desarrollar y consolidar el nuevo orden, es sin duda una tarea fundamental.